

LA BATERIA
DE MONTAÑA DE TENERIFE
EN AFRICA

1921-1922

CAPTAS DE UN ARTILLERO

POR

R. DE A. Y L.

LAGUNA DE TENERIFE

IMPRESA DE SOC. DE M. CURBELO

SAN AGUSTÍN, 7

1923



LA BATERIA DE MONTAÑA
DE TENERIFE, EN AFRICA

86-6 (A. 751)

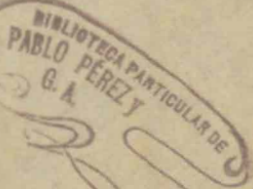
LA BATERIA
DE MONTAÑA DE TENERIFE
EN AFRICA

1921-1922

CARTAS DE UN ARTILLERO

POR

R. DE A. Y L.



LAGUNA DE TENERIFE
IMPRESA DE SUC. DE M. CURBELO
SAN AGUSTÍN, 47

1923

6604613417

I

Santa Cruz de Tenerife, Septiembre 14 de 1921.

A bordo del vapor «Capitán Segarra».

Querido Alberto:

Ya lo ves: estamos a bordo. No quiero abandonar esta isla querida, sin ponerte dos líneas, cumpliendo lo ofrecido. Me sirve de pupitre una caja de municiones. Satisfecho mi deber, descanso ahora, y procuro abstraerme del ruido y movimiento que hay a mi alrededor.

¡Qué día de emociones! ¿A qué recordar lo que tú presenciaste?... La salida del Cuartel; el Santo Cristo de la Laguna, abandonando su Templo para darnos en el centro de la plaza su paternal despedida, su soberana bendición; la fervorosa plática del P. Franciscano; los latidos ocultos del corazón, que se adivinaban bajo el marcial continente de cada uno de nosotros; las lágrimas que resbalaban por muchas mejillas de cuántos (hombres y mujeres) nos acompañaron durante

nuestra marcha a través de la Ciudad; los ¡vivas! a la Madre Patria, el último ¡adios! a la patria chica, a la Plaza en que servíamos, a las madres, a las esposas, a los hijos, a todos aquellos seres en que habíamos puesto nuestro corazón!... Todo esto lo presenciaste, lo adivinaste, lo sentiste también.

El pueblo de Santa Cruz, la Capital, se ha conmovido igualmente con nuestra presencia y ha acudido, en crecido número, al muelle, a despedirnos. Aun permanece a pié firme, esperando la partida.

No tengo tiempo, ni tranquilidad para más. Te digo ¡adios! ¿Hasta cuando?... Sólo Él lo sabe.

Un estrecho abrazo de tu inolvidable amigo.

Ricardo.

II

Larache, Septiembre 22 de 1921.

Querido Alberto:

Héme ya en tierra africana, en esta tierra, que ha de ser nuestra mortaja, o el escabel de nuestra gloria.

También nosotros somos africanos, y por tal se nos saluda, aunque sentimos correr por las venas sangre rica y hermosa, como es la de Castilla.

Aquí estamos, mirando las parduscas aguas del Lucus, que bordea la población por el Norte; pisando estas calles o callejones, cuyas paredes casi se tocan con los brazos extendidos; contemplando estos edificios, bajos de techo, de puerta estrecha, con aspilleras, mas que ventanas, donde se adivina una vida triste y monótona; aquí estamos codeándonos con sus antiguos, sucios moradores, pegados a su chilaba y a sus babuchas, que arrastran y absorven cuántas inmundicias hallan al paso.

Larache no ha perdido su caracter moruno, aunque le ilustran algunos edificios españoles.

Su puerto, no es puerto. La dichosa barra, que crece y mengua, dificulta las operaciones marítimas. Nosotros invertimos tres días en desembarcar los mulos y todo el material de campaña.

Nos hallamos instalados en barracones, en el campamento de Mensak.

Permaneceremos en este sitio breves días. Luego iremos a Alcazarquivir, donde, según se anuncia, será nuestra estancia de un par de meses.

El sol todavía brilla y hace sudar el quilo a los que nos movemos bajo su influjo.

De noche, las estrellas centellean como en parte alguna y la imaginación sueña, arrullada por el monótono, apenas perceptible, «crac», «crac» de las ranas, que en número infinito se zambullen y saltan sobre las aguas del cercano río.

Cuando te escriba la próxima carta estaré contemplando otro paisaje y me hallaré más cerca del teatro de la guerra. Porque aquí, dentro de las paredes del cuartel, paz octaviana; como si estuviéramos en la Laguna.

¡La Laguna! ¿A qué nombrarla?...

¡Adiós! ¡Adiós!

Ricardo.



III

Alcazarquivir, Octubre 20 de 1921.

Querido Alberto:

Ocho días ha que sentamos el pié en esta histórica plaza, donde aun flota el recuerdo del desgraciado Rey de Portugal, Don Sebastián.

La población no me disgusta. Estas calles estrechas y retorcidas; estas parras, que se tienden del uno al otro lado; la sombra misteriosa que producen, alternando con el vivo reflejo del sol en los espacios intermedios; estas tiendas al aire libre, interceptando el paso, con sus moros o moras en cuclillas, despachando miserables mercancías; estos soberbios arcos maravillosamente esculpidos, en que encajan recias puertas de roble, selladas de dorados clavos, denunciando los tesoros que se guardan en la señorial mansión, siempre cerrada, siempre grave y silenciosa; estos minaretes de las mezquitas, que se elevan al cielo, recamados de adornos preciosísimos, y desde los cuales se llama y convoca al pueblo a

la oración; el lento caminar de los judíos, arrebujados en sucias hopalandas; la pudorosa mora que atraviesa la calle, cubriéndose la faz con el extremo de la toca y llevando de mano a un pequeño; todo este conjunto de notas, tristes, más bien que alegres, dejan en el alma una impresión artística, un sabor agrídulce inenarrable.

Si salimos al campo la vista se pierde en las lejanías del horizonte, allá, donde el pequeño Atlas muestra sus espaldas de Titán, que se doran al sol, a una altura de 2.000 metros.

No creas, leyendo estas ligeras excursiones por los espacios del arte, que permanecemos aquí, mano sobre mano, contemplando la naturaleza.

Después de la gran marcha que hicimos desde Larache (7 leguas en 8 horas) no hemos parado un instante, siempre en ejercicios, entrenándonos para el día que salgamos a campaña.

Y ya que menciono la jornada que efectuamos de Larache a esta Ciudad, paréceme será de tu agrado saber algo de lo que llaman los moros «correr la pólvora», espectáculo que tuvimos ocasión de presenciar. ¡Cómo espoleaban sus caballos! ¡Cómo levantaban en alto las espingardas! ¡Con qué jactancia atravesaban la colina, a todo galope, disparando al aire y haciendo ondear sus vestidos de *fantasía*!... A esto se reduce todo. ¡Maldita gracia que en aquella sazón nos hicieren sus juegos y diversiones! ¡Crearás que el Jefe del poblado, que teníamos a la vista, se acercó

para invitarnos a tomar una tasa de té?... ¡Un bote de metralla! dije yo en mi interior; y seguimos el viaje.

No quiero cerrar esta carta sin hacer una alusión, aunque ligera, a mi visita al Hospital. ¡Qué pena! Cuántos y cuántos tendidos en el lecho, rendidos, sin fuerzas, temblando de frío en medio de la fiebre que les devoraba!... El paludismo, el azote de nuestras tropas, la mayor calamidad que sobre ellas pesa desde que sientan el pié en este país!

Salí afligido, profundamente afligido.

Salí también asqueado de la vista y los procedimientos de aquellos sucios enfermeros judíos que estaban encargados de la asistencia.

¡Gracias a Dios; esto va a modificarse por completo. Hoy han llegado las Hijas de la Caridad y se han hecho cargo del Hospital. ¡Con qué alegría los tristes asilados observarán el cambio!

Estoy al fin del papel, el sueño carga y la mano y el pensamiento se duermen a la par.

Un largo abrazo de tu constante amigo.

Ricardo.

IV

Alcazarquivir, Octubre 24 de 1921.

Querido Alberto:

Esta carta va dedicada a la morería. Vengo de recorrer la población, de husmear en todas partes, de observar los usos y costumbres de estas gentes. En mi excursión llegué hasta cierta mezquita, pero manteniéndome a prudente distancia. Celebrábase una gran fiesta y no se veían más que moros por todas partes. Acerquéme, en unión de otros artilleros, y pudimos enterarnos algo de lo que constituía la esencia de la diversión. Formando círculo, se hallaban más de cincuenta moros, todos cogidos de la mano; y al centro, uno gigantesco, vestido con una especie de camisa blanca. No puedes figurarte cuánto me reí (y no tan quedo que algunos ojos furibundos no me helasen la risa en los labios) cuando observé como todos los de la rueda alzaban los piés a compás, al mismo tiempo que lo efectuaba el que, desde el centro, dirigía el grotesco baile.

Este era además acompañado con el ruido de tambores, pitos y panderetas.

La monótona danza pronto nos cansó, y nos retiramos, al par que aburridos, asqueados. No puedes figurarte lo que apestan estos moros.

Es que también son puercos (o limpios a su manera). ¿Crearás que en convite de todo cumplido se relamen los dedos, y con ellos (ya inmaculados a su juicio) se atreven a ofrecer a su atónito comensal un trozo de pollo recién asado? Así lo vieron nuestros ojos en cierta comida con que unos moros ricos obsequiaron al Teniente Coronel, Jefe de este Hospital, y a nuestro Capitán.

Y de las moritas ¿qué te diré? He visto muchas de clase humilde, que tienen sus habitaciones, o cuchitriles, al rededor de un gran patio, en el cual nos introdujimos sin pedir permiso. Cuando se dieron cuenta de nuestra visita empezaron a cantar y bailar, sin duda con el propósito de sernos gratas; pero no lo consiguieron. ¡Eran tñ feitas! ¡Estaban tñ desaseadas! ¡Daban tñ mal olor!

No creas, sin embargo, que todas son así.

Las ricas, cuya blancura y finura de piel, más bien se adivina, que se ve, pues van siempre con la cara medio cubierta, dicen (los pocos que han tenido la suerte de poner en ellas sus ojos, sin velos protectores) que son muy guapas. Yo me marcharé de Africa con este deseo.

He tenido también ocasión de ver, aunque de paso, una boda de *gente bien*: la novia era conducida en una litera, o jaula, forrada de mantones riquísimos. La he tenido asimismo de hallarme en la fiesta, que llaman del «Hamacha», y presenciar como los Santones, o que aspiran a serlo, recibían en sus cabezas de legítimos bereberes el golpe brutal de una bola de gran peso, que arrojaban al aire con tal propósito; y de horripilarme luego al observar como, con sus propias manos, se daban un hachazo en la frente, o en el cuero cabelludo, y arrojaban de la herida copiosa sangre.

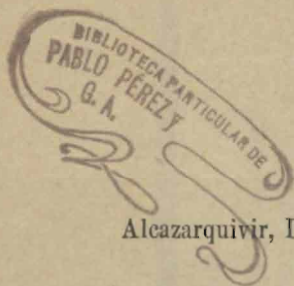
Y porque nada falte en este cuadro, a la ligera, de costumbres morunas, quiero decirte, que también he presenciado lo que te resistirás a creer: una pobre vieja, uncida al arado, en unión de un borrico, que es el límite adonde puede llegar la degradación de un pueblo y el bajo concepto y la falta de estimación a la mujer. Cuando tal hube observado, reflexioné y me dije: treinta años atrás esta pobre mora, llena de encantos, en la plenitud de su vida y su juventud, sería la gloria y la alegría de su marido, dueño y señor; hoy, perdidas sus gracias juveniles, ha llegado a verse convertida en bestia de yugo.

Siento que todo cuánto en ésta llevo relatado te haya sido poco agradable. El país no da más de sí. Suelo y moradores son ingratos. La

civilización llegará algún día y desbrozará el camino. Otros aires purificarán el ambiente. ¿Pero cuándo?...

¿Y a qué filosofías en una carta amistosa?
Un abrazo, y que pronto te estreche de verdad tu inolvidable amigo

Ricardo.



V

Alcazarquivir, Diciembre 28 de 1921.

Querido Alberto:

Ayer regresamos a esta población, después de trece días de ausencia. Al salir, el 14 por la mañana, en plan de operaciones, no creí volver en tan breve plazo. Mas, al fin, aquí nos hallamos, descansando de las fatigas, pero hechos una verdadera calamidad. Hay que ver cómo están nuestras ropas, cómo está nuestro calzado. Claro, con marchas duras, hasta de 28 kilómetros por día, con el santo suelo por lecho, con barro que sobar horas y horas, con chaparrones enormes sobre las costillas, con ríos que atravesar, no a pié enjuto, sino con pié, pierna y muslo dentro del agua, ya podrás suponer como estaremos. ¡Y que agradable un remojón de esta clase en el rigor del invierno! Y luego, secarse con el calor del cuerpo, con el violento ejercicio de la marcha!

Todo ya pasó, y queda sólo un recuerdo de las penalidades de la jornada, endulzado con el

éxito de ella, con la conquista de nuevas e importantes posiciones.

Por fin, nuestra Batería se puso en contacto con el enemigo, aunque de lejos. Ya pudimos apreciar algo de lo que es la guerra. Pero, ¿dónde diablos se meten esos moros que apenas se les ve? En una sola ocasión alcanzamos nuestro deseo. Batíamos ciertos pajares, o chozas, ¡y como si estuvieran abandonados! De pronto, alguna granada debió romper en el último de sus refugios y salieron despavoridos, a todo correr. ¡Entonces, sí que les ametrallamos a satisfacción.

Esto sucedía en las alturas del collado de Afernun, el día 22, segundo de las operaciones emprendidas.

Lo más penoso fué el regreso. Obtenidos los objetivos señalados por el alto mando, ordenóse retroceder.

Dándonos prisa conseguimos—ya casi de noche, como en la operación anterior—vernos incorporados al grueso de la columna; pero como los mulos podían avanzar más se obtuvo permiso para adelantarnos. Así lo hicimos.

Caminábamos por medio del bosque, casi a tientas, rompiendo por malezas, helechos y otras plantas, que se nos enredaban en los piés; procurando orientarnos hacia el campamento, sobre el cual divisábase una claridad producida por la inmensa hoguera que de propósito se había promovido. Quiso la Divina Providencia que el guía

se extraviase y nos condujera por una senda bastante apartada de la que seguía el resto de las fuerzas. Esa fué nuestra salvación. Desde lejos echábamos de ver los fogonazos de las descargas con que aquéllas fueron recibidas al llegar a cierto sitio en que los moros se hallaban emboscados. Allí cayeron muchos, muertos o heridos. Nosotros llegamos al campamento, sin tener que lamentar desgracia alguna. ¡Bendito sea Dios!

Quiero referirte un episodio para que veas el temple de alma de los soldados de nuestra Batería. En una de dichas retiradas nocturnas hubo de caerse un mulo con sus cajas de municiones. El conductor, en la imposibilidad de cargarlo de nuevo, pues con lo obscuro de la noche se había extraviado un tanto, plantóse en aquel sitio sin atreverse a abandonar el precioso depósito confiado a su custodia. Cruzaban por sus inmediaciones tropas y más tropas, a toda prisa, y él impávido. Y allí hubiera seguido y allí hubiera sido sorprendido por los rebeldes si uno de los Jefes no le increpa al paso, hace que le ayuden a cargar el mulo y le pone en marcha.

Y termino con ello esta carta, que supongo será leída y releída por todos los amigos, ávidos de tener noticias de la campaña y de nuestra actuación.

Muy tuyo siempre. .

Ricardo.

VI

Campamento de Teffer, Febrero 4 de 1922.

Querido Alberto:

Hoy, domingo de carnaval, ha sido un gran día en este pequeño campamento. Figúrate que nuestro Capitán, después de llamarnos de dos en dos, va haciéndonos entrega de una botella de vino. Pero ¿qué te crees? Vino viejo, vino legítimo de Tenerife. ¡Hurra! por nuestra patria! ¡Hurra! por los generosos donantes! ¡Hurra! por los nobles pechos; por éstos, por los de ayer, por los de días atrás! Pues no ha sido pequeña la juerguesita que nos hemos corrido! Ni sé como tengo la cabeza y la mano para escribir esta carta. Mas ¿qué quieres? En mis tristezas y alegrías no sé olvidarme de tí. Y hoy tengo intensos, vehementes deseos de comunicarme contigo. ¡Si parece que con el vino se ha desbordado en mi corazón el amor a la patria! Y cuánto hemos hoy hablado de ella! Y cuán satisfechos y cuán confortados nos hallamos al considerar, que no es-

tamos solos y aislados en tierra africana; que allá, lejos, separados por el mar, laten muchos corazones al unísono con los nuestros, que sienten nuestras fatigas, que nos siguen con el pensamiento, que desean endulzar nuestras penas y hacernos más llevaderos estos tristes días! ¡Dios les bendiga!

Este vinillo ha venido a poner el sello a la larga serie de donativos que nos han hecho nuestros compatriotas.

No se me había ofrecido ocasión para hablar de ello en las cartas anteriores. Mas hoy, que tan propicia se presenta, no quiero se me vaya de las manos.

Empezaré por lo más gordo, por aquello que más efecto causó en todos los sectores del campamento. Me refiero a aquel dichoso instante en que se vió avanzar por el camino de Teffer una pequeña caravana compuesta de quince mulos, llevando cada uno sobre el lomo dos huacales de plátanos. ¿Qué es éso? se preguntaban los que no conocían el sabroso fruto, ni su forma de exportarlo. ¿Qué contendrán esas cajas enrejadas?

Dejámosles con sus cábalas y suposiciones, y nos acercamos a poner en tierra la preciosa carga. Todo se nos iba en husmear y rodear las cajas, a ver si por casualidad alcanzábamos a divisar algún bago de plátano. ¿Si estarán maduros? nos preguntábamos con ansiedad.

Se fueron, al fin, abriendo las cajas y examinando su contenido. Verde, verde; decíamos con decepción. ¡Madura! ¡Madura! gritábamos alegremente al contemplar alguna que otra piña, mostrándonos sus dientes de oro.

Puedes figurarte la satisfacción con que, a la hora del rancho, nos apropiábamos una mano de seis plátanos, y gustábamos, y engullíamos su succulento, mantecoso y aromático interior.

¿Y qué te diré del soberbio regalo que la Cruz Roja nos envió por Pascuas? Gofio, higos pasados, castañas, galletas, puros, cigarrillos, ¿qué sé yo? Hasta tuvo la atención de mandarnos fundas de almohada, que muchos (ya provistos de ellas) las empleamos como mochilas, o en otros usos de gran utilidad.

Pero de todos estos obsequios, que en el alma agradecemos, lo de mayor gusto y satisfacción fué el gofio. ¡El gofio! La comida, que siendo sustento del pobre, no es desdeñada en los blancos manteles de las más opulentas casas. ¡Ay! ¡Con qué tristeza le veíamos llegar a su fin! ¡Con qué pena mirábamos el fondo reluciente de las vacías latas y aspirábamos el rico olor que de ellas se desprendía!

¿Te ríes? Aquel olor, aquel ligero tufillo, era el olor a la patria ausente, condensada en unas tenues partículas adheridas a las paredes de las vacías cajas.

Estaré romántico; ¡tal vez! La nostalgia de la

tierra, de los amigos y de algo más hondo aun me lleva por ese camino.

¡Adiós! ¡Adiós!... Un abrazo apretado como nunca.

Ricardo.





Campamento de Teffer, Abril 10 de 1921.

Querido Alberto:

Acabo de regresar del Lucus, que a poca distancia de este campamento se desliza mansamente, separando nuestra zona de la francesa.

Allá quedan muchos soldados de diversas armas, dedicados a una terea que te horripilará: el despiojamiento. Por fortuna el inmundo bicho se ha cebado poco en nosotros, o más bien, nosotros hemos hecho lo imaginable para desterrarlo de los barracones en que dormimos. Todo lo hemos empleado, el agua, el sol, el zotal: al fin, vencimos en la lucha, y podemos vivir y dormir tranquilos.

Esta no es más que una pequeña parte de la campaña de higienización, que nuestro Jefe, el Capitán Iglesias, ha emprendido con toda energía. ¿Quieres saber lo que ha hecho a este respecto? Pues escucha.

Encontrámonos al llegar aquí con una exten-

sa plazoleta, en suave declive, bordeada por un semi-derruido parapeto, sobre del cual mostraban sus negras bocas los cañones de posición. A un extremo de dicha plazoleta se nos señaló sitio.

Era invierno: todo, un lodazal inmundado. El calzado se pegaba a la tierra, y los mulos, con su ir y venir, contribuían a hacer aquello intransitable. Por otra parte, las aguas estancadas, juntamente con las deyecciones animales, constituían un serio peligro para la salud. Para evitarlo, se desplegó en el acto la mayor actividad. Recuadróse el terreno, hiciéronse pasarelas empedradas, rodeóse nuestro pequeño campamento de una zanja general de desagüe, añadiéronse, en suma, varias interiores, algunas de ellas cubiertas. Pero esto no era bastante. Había que atender a otras necesidades, también muy urgentes, y se les procuró dar sucesiva y oportuna satisfacción.

Los pobres mulos estaban a la intemperie: carecían también de dornajos. Hiciéronse estos, y se cubrió un largo espacio en que pudieran albergarse 40 de aquellos sufridos animales. Para los bastes armáronse largas perchas, quedando libres así de las humedades del suelo.

Con zinc y ramaje se logró poner a cubierto el pienso y paja, construyéndose adjunto un departamento para que se amparasen los artilleros que habían de cuidar del ganado.

Cuando, como ves, con tal esmero se velaba

por éste ¿qué solicita diligencia no se emplearía con todos los individuos de la fuerza allí destacada? Baste decirte, que el pequeño dormitorio de la tropa se retocó y mejoró, y que a continuación del mismo se hicieron de piedra y barro varias dependencias sumamente útiles, como cuartos del guarnicionero, zapatero y ajustador, peluquería y local de aseo y tertulia. Levantáronse también de planta cocinas para oficiales y sargentos, y se mejoró notablemente la tienda de campaña en que aquéllos comían y descansaban durante el día. No puedo resistir al deseo de describirte esta curiosa tienda. Con el fin de darle mayor cubicación hubo de rebajarse el piso, construyéndose además un muro en derredor, sobre el cual caían hacia afuera las faldas de la lona. Con ello y con la zanja profunda que la rodeaba se halló en condiciones de resistir convenientemente los efectos perniciosos de la lluvia y humedades. Pero lo curioso es ver, empotrados en dicho muro circular, una serie de cajas, de diversos tamaños, destinadas a los más variados usos, como biblioteca, despensa, neceser, filtro, etcétera. Por último, un depósito de cenizas calientes, en el centro de la tienda, templaba el aire durante las frías noches del riguroso Enero.

Ya ves en pocas palabras cuánto se ha hecho aquí. Sólo me resta decirte, que un sólido muro de mampostería vino a substituir al antiguo rui-

noso, y que nuestras medio veteranas piezas de campaña asoman orgullosas sus pequeñas, pero potentes bocas, por entre las abiertas troneras.

Oficiales y soldados de distintas armas pasan, se paran, miran, observan, y quizás estudian. Algo han empezado a imitar.

Te incluyo varias postales para que te hagas cargo de nuestras instalaciones. Verás en la una, en primer término, la gran tienda-comedor del Jefe y Oficiales. A continuación alcanzarás a ver la barbería y demás dependencias, de que te he hablado. En otra las piezas de campaña alineadas en el parapeto y el alambre espinoso, tejido a distancia conveniente. En otra, por último, la pequeña impedimenta de toda fuerza, lo que constituye el encanto y la distracción de los soldados; unos diminutos burros, tres perros, una cabra y cuatro aguiluchos.

Estamos en este campamento como en nuestra casa: ya llevamos dos meses y medio. Pronto, dicen, que saldremos nuevamente a operaciones. Lo deseo en el alma. Camino malo, pasarlo pronto.

Aquí no se siente la guerra, pero se presiente. De vez en cuando se oye un tiro, y no ocurre nada. A veces pasa por nuestro lado un herido, que conducen en camilla. Una exploración lejana, la aguada, un paso imprudente, el silbido inconfundible del *paco*,... y las consecuencias que acabamos de palpar.

No, no es esta la guerra. Yo deseo volverme

a ver cara a cara con el enemigo y probar, una vez más, que sabemos responder a lo que el público ya espera de nosotros, a lo que nuestro honor profesional y el amor a la patria exigen y mandan.

Porque has de saber, aquí, en confianza, que a nosotros se nos estima y considera en extremo. Nos hemos formado nuestro cartel, y cuando se nombra la Batería de Tenerife, todo son elogios. Bien es verdad, que en instrucción no hay ninguna que le gane, ni en marcialidad, ni en buen comportamiento, ni en la más exquisita corrección. Un detalle respecto a instrucción. En ciertos ejercicios nos hallábamos, en unión de dos baterías más, con las piezas en el suelo, esperando la orden de cargar para emprender la marcha. Yo no sé como pasó aquello. Lo cierto es, que un minuto antes los nuestros terminaron la operación y rompieron a andar. Figúrate con que júbilo interno no lo haríamos.

Tú dirás, que además de *farruco* y *fantesioso* doy bien a entender que no tengo abuela. Tal vez tengas razón. Con todo, aun quiero añadir algo, a riesgo de que confirmes tal juicio. Se trata de una nimiedad, de la comida. ¿Crearás que eso también nos tiene orgullosos? Indiscutiblemente somos los que mejor nos portamos en todo el campamento. En nuestra mesa, además del rancho ordinario, muy sustancioso y perfectamente condimentado, vense con frecuencia huevos, pollos,

gallina y cerdo. De la mesa de los Oficiales no digo nada; aquello es un banquete. Nos hemos ingeniado para hacer un pequeño horno, y en él preparamos budines y diversos postres. En fin, chico, que procuramos pasar la vida lo mejor que se pueda. Y tal fama ha adquirido nuestra cocina, que ya es cosa sabida, que en todo viaje que efectúen el Coronel u otros Jefes los hemos de tener a la mesa.

¡Y qué lástima me quedó de que la Comisión internacional de oficiales, que estuvo en esta zona, no hubiese llegado a Teffer! Entonces, a más de ser atendidos con cosas de substancia y gusto, hubieran tenido ocasión de observar como también en España hay Cuerpos que en disciplina y buen régimen se hallan a la altura de los extranjeros; como sus celebradas instalaciones para proporcionar comodidades a los soldados en las trincheras de la Champagne, durante la gran guerra, no superan a las que nosotros nos hemos proporcionado, casi con los pequeños recursos de la Batería.

Todo cuánto aquí hemos hecho creo no pueda estimarse «flor de un día». Dentro de un año, dentro de dos, abandonaremos estos sitios y regresaremos a Canarias, pero quedará en ellos testimonio indeleble de nuestro paso y nuestra actuación, flotando por mucho tiempo en la atmósfera de Teffer el recuerdo de la Batería de Montaña de Tenerife, como ejemplo vivo de

lo que pueden la disciplina, la férrea voluntad y la conciencia del propio deber.

Empecé hablándote de bichos, y habré de terminar con ellos en la boca. Así, así; como suena. ¡Qué moscas éstas! ¡Qué moscas! No hay forma de verse libre de ellas. Todo lo invaden y nos acosan sin piedad, de continuo. La lucha es imposible. Vale más llenarse de resignación y no regatearles el gusto. ¿Y qué me dices de los alacranes que nos acechan bajo de las piedras y matos, y de mil bicharracos que potulan por doquier? Hay que convenir en que es ésta la tierra de los bichos.

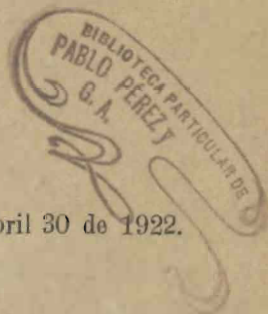
No te quejarás hoy de la brevedad de mis cartas. La próxima la escribiré oyendo el ruido del cañón. ¿Qué suerte nos deparará el porvenir?

Te dice ¡adios!

Ricardo.



VIII



Campamento de Mexeráh, Abril 30 de 1922.

Querido Alberto:

Por fin, me he hallado en una verdadera acción de guerra. No creí poderla contar. La del 28, sobre Feddan-Yebel, quedará siempre grabada en mi imaginación.

Todavía, al dormirme, sueño con blancos fantasmas de horrible faz, con lagos de sangre, con bombas que estallan con estrépito, con caballos desbocados, con miembros sanguinolentos que cruzan el aire.

Ahora, con los ojos abiertos, sereno el espíritu, procuraré recordar lo más importante de aquel día terrible. Atiende y lee.

Eran las tres de la madrugada cuando desperté. Vestime aprisa y acudí a mi puesto. Todas las operaciones se efectuaron con el mayor silencio y a oscuras. Terminadas aquéllas esperamos turno, en pié, junto a los mulos, de los cuales apenas se distinguían las siluetas.

Desde el sitio en que estábamos escuchábase el ruido sordo que producían las diversas fuerzas en su tránsito por el próximo camino. Unos minutos después nos incorporamos al grueso de la columna.

El camino, o senda, estrecho como todos, bajaba con rapidez desde la altura del campamento de Mexeráh. Ibamos en busca del río Bukrús, que atravesamos al cabo de una hora larga. Ya amanecía. Los pájaros, en enormes bandadas, volaban de árbol en árbol, saludándonos con sus cantos armoniosos. Las ranas, alborotadas, sacaban del agua el pecho y lanzaban al aire su estridente y monótono grito. Las vides silvestres, enredadas en los troncos y ramas de robustos alcornoques, nos ofrecían al paso su fruto en agraz. La naturaleza toda parece que se regocijaba con el despertar del día. ¡Ay! Si los espíritus hubieran estado para corresponder a su salud! Pero, quién más, quién menos, todos, llevábamos una preocupación en el alma. Allá lejos divisábase una continuada serie de lomas y picachos en los cuales teníamos el propósito de sentar el pié, y donde, desde aquel momento, nos estaba acechando la traidora muerte.

Pero, en fin, allá íbamos con ánimo decidido *de eucararnos con ella y no descansar un punto hasta vencer y domeñar la tenacidad marroquí.*

Serían las 8 cuando nos dimos cuenta exacta de que la acción se había empeñado. Un muerto

cruzó junto a nosotros. Llevábanle sobre un mulo. Su cabeza ensangrentada y la manta, manchada también de sangre, que le cubría, nos impresionó horriblemente.

No tardamos en encontrar varias camillas de heridos.

Los nervios, al principio muy inquietos, fueron calmándose a medida que se repetían esas escenas de dolor y de infortunio.

Continuamos avanzando, protegidos por los blocaus y las posiciones de Salinas, Jerba baja y Jerba alta, situadas a derecha e izquierda del camino, bastante bueno, que íbamos recorriendo.

Cerca ya de la última de dichas posiciones la Batería de Tenerife y la 3.^a de Larache, que formando grupo, iban al mando de nuestro Capitán, hicieron alto en dos collados próximos y de allí dieron comienzo al fuego, batiendo a 1500 y 2000 metros de distancia varias colinas situadas al lado izquierdo del camino y desde las cuales los moros dificultaban con sus tiros la marcha del grueso de la columna.

El avance de ésta era penoso. Hallábase en el fondo de una hondonada y tenía que ascender entre dos laderas cubiertas de árboles, laderas que constituían las estribaciones de dos ramales de la cordillera central, muy apropiados para que los enemigos, ocultándose, como lo efectuaban, tras sus picos y lomas, disparasen a mansalva sobre nuestras fuerzas.

Las otras dos Baterías de la Comandancia de Larache no constituían suficiente protección. Dióse orden de que avanzara la tercera y se colocase, a vanguardia, sobre una loma.

La situación cambió, pero no mucho.

Los regulares intentaron por varias veces dar el salto final; mas en vano. Cuántas avanzaron tuvieron que detenerse y cubrir el cuerpo en los accidentes del terreno.

Viéndose que el fuego de las tres baterías expresadas no tenía bastante eficacia, nuestro Capitán se ofreció a llevar la orden para variar y rectificar el tiro. Tuvo para ello que bajar por el escarpe de una loma, completamente batida. Yo miraba con ansiedad como las balas levantaban a su alrededor nubes de polvo, al chocar contra el suelo. Yo le seguí con la vista en el largo recorrido (más de medio kilómetro) que tuvo que hacer al descubierto. Al fin, pudo llegar hasta las baterías destacadas en el frente y transmitirles las indicaciones oportunas para la rectificación del tiro.

Enterado el General Sanjurjo de la situación y considerándola bastante crítica, trasladóse a primera línea. Su presencia, y una breve alocución, reanimó a los regulares. Allá van, como leones, cuesta arriba, sin temor a las balas. La sangre corre generosa y abundante. Allí cayó el Teniente Coronel Carrasco, allí el Comandante de Caballería Benito, allí un centenar de solda-

dos. Pero el bosquecillo quedó en nuestro poder, y los moros, abandonando las trincheras en que se resguardaban, corrieron a refugiarse y hostilizarlos desde otras posiciones más lejanas.

No concluyó aquí la jornada. Frente al bosque estaba la toma de Kodba—Fedan Yebel, objeto final de la operación y que había de fortificarse seguidamente. Pero, ¿cómo? Abandonada por el enemigo, allí convergían todos los fuegos desde el abanico de montañas que la rodeaban.

El Teniente Coronel Lombarte, Jefe de la Artillería, dió orden al Capitán Iglesias para que la Batería de Tenerife se pusiese en vanguardia, tomase posiciones en la misma loma y se instalase en ella. Así se hizo; más, ¿qué de peligros tuvo que arrostrar para llegar a la altura? El trayecto del bosque a la cima de la colina hubo de efectuarse pieza a pieza, rodando una y a lomo las restantes, en medio de continuada lluvia de plomo. Y ya arriba, nuestra Batería defendió la posición, disparando a 300 metros.

Parecerá increíble; pero el hecho es, que no tuvo una sola baja, cuando tantas, en el mismo sitio que pisaba, hubieron de lamentarse.

Al lado de ella cayó herido, y por nuestros artilleros fué levantado, el antedicho Teniente Coronel Lombarte, razón por la cual recayó en nuestro Capitán el mando de todas las fuerzas de Artillería de Montaña. El propio Capitán, en una de las veces que subió a la loma, se cruzó

con el Comandante de Estado Mayor, Adalid, que acababa de ser herido. Junto al parapeto en construcción, hablando el cabo Salazar con un amigo de ingenieros, se desplomó éste, atravesado por un balazo en el cuello. En el mismo recinto, finalmente, cayeron muertos, o heridos, un Capitán, cinco Oficiales y treinta y tantos individuos de tropa.

Citamos estos casos para que se reflexione sobre lo extraño del hecho de que nuestra Batería no tuviese un sólo herido en jornada tan gloriosa y sangrienta.

Fortificada la posición de Fedan-Yebel quedó en ella la Batería de Tenerife, con otras fuerzas, y el resto de la columna regresó al campamento.

Al descender de la loma encontramos a un pobre artillero, muerto tras una piedra, oprimiendo en su mano rígida las riendas del mulo, que seguía en pie, a su lado.

Mas abajo, tendidos en la ladera, contamos hasta 14 caballos, que sucumbieron en una carga sobre el enemigo.

Como antes de ponerse en marcha la tercer Batería, que con sus fuegos cubría la retirada, hubo que dar paso al largo convoy de heridos, tuvimos ocasión de presenciar cuadros bien tristes. El dolor y la resignación en unos rostros, la mueca espantable en otros, el quejido continuo en algunos, la sangre fresca en éstos, la mancha coagulada en aquéllos, la pálida faz en todos,

impresionaba fuertemente, aun a los de ánimo más sereno.

Era ya casi de noche cuando la expresada Batería 3.^a, con parte de la de Tenerife que no quedó en la posición, se incorporó al grueso de la columna. A las 9, rendidos de la penosa jornada, entrábamos en el campamento.

Esta larga carta, también me ha dejado rendido y agotado. ¡Se hallan tan vivos los recuerdos en la imaginación! Quedaron tan destrozados los nervios con las emociones de aquel glorioso día, que necesitan de alguno más para su completo reposo.

Termino, pues, y hasta otra. ¿La escribiré?...

Ricardo.

BIBLIOTECA PARTICULAR DE
PABLO PÉREZ
G. A.

Campamento de Mexerán, Mayo 8 de 1922.

Querido Alberto:

Son las 11 de la mañana. Aprovecho este día de relativo descanso para vaciar en el papel mi corazón y mis recuerdos.

¡Qué día el de ayer! ¿Se presentarán otros iguales? ¿Veré de nuevo la muerte, cara a cara, haciéndome una mueca horrible al pasar? ¡La muerte! ¿Y quién piensa ya en élla cuando el pecho está henchido de entusiasmo?

¡Día 7 de Mayo de 1922! ¿Cómo me olvidaré de tí?... Cuando lejos de esta tierra maldita, al calor de la lumbre, en dulce paz, allá por el año de... (¿porqué no esperarlo) entretenga a mis netezuelos, refiriéndoles cosas de la guerra rifeña, al llegar a esta fecha, mi labio murmurará una oración, y una lágrima de gratitud al amado Cristo de la Laguna resbalará por mis mejillas.

Aun me parece ver los rostros pálidos y las caras resueltas. Aun me parece oír el silbido de

las balas. Aun tengo delante de los ojos aquella cuesta montañosa, cuyas sinuosidades seguimos por más de diez minutos, expuestos cada momento a quedar en ella tendidos. Aun veo la silueta de mi capitán, destacándose temerario, sin dejar la montura. Aun contemplo admirado, cómo en el mismo frente, al lado mismo, la Batería de Barcelona tenía una y otra baja, mientras la nuestra continuaba ilesa.

Pero... ¿adonde voy a parar? Si todo lo digo de entrada ¿qué me quedará para después?

Coordinaré mis recuerdos lo mejor que pueda y procuraré darte una impresión de aquel día de gloria

Abandonamos nuestro campamento anteayer, a las 3 de la tarde, llegando aun con sol a las márgenes del Bukrús. Resolvióse acampar. El sitio era hermoso. El río, que ya en otra ocasión lo habíamos cruzado, nos convidaba a sestar, tendidos bajo los árboles que le bordean. Desde allí entreteníamos la vista, contemplando con curiosidad el paso de numerosas tortugas, que lucían su canelo caparazón, ya navegando sobre las aguas, ya arrastrándose lentamente junto a la orilla.

El terreno cercano hallábase sembrado y nos proporcionó habas tiernas en abundancia, con las cuales preparamos un suculento rancho. Llegada la noche, tomamos del suelo cuánto quisimos, y nos quedamos dormidos, mirando las estrellas,

o el sombrero de ramas que pudimos proporcionarnos. Allá, a las doce, nos despertó el ruido de varios aeroplanos. Iban de camino hacia los poblados próximos para darles una serenata con sus potentes bombas.

A las tres estábamos en marcha. La emprendimos junto a la margen del río, siempre subiendo, en busca de sus nacientes, y en dirección a Tazarot. El día anunció la presencia del enemigo. A las 7 se oyeron los primeros disparos: la acción se había empeñado.

Hacia las 9 llegó para nosotros la orden de avance. Descendimos a un profundo barranco y nos encontramos en presencia de una cuesta arcillosa, cuya agria ladera habíamos de escalar para llegar al sitio propuesto.

Desde que sentamos el pié en ella los *pacos* empezaron a atormentarnos los oídos.

A medida que ascendíamos el fuego se hacía más violento. Los mulos, jadeantes, describían zig-zag para poder dominar la pendiente. Algunas veces sus delgados cabos, brillantes con el sudor, temblaban ante el miedo de dar con el cuerpo en tierra, cuando el casco no encontraba asiento firme. Con tan violento esfuerzo como iban realizando, me maravilla que no se hubiesen desplomado, al igual que tres de sus compañeros, cuyos cuerpos encontramos tendidos.

De los artilleros ¿qué decir? La palidez que los primeros disparos habían impreso en sus ros-

tros, tornóse en vivo carmín. Sudando por todos los poros, agitados por la violenta ascensión y por la fuerza que hacían para empujar y sostener a nivel sobre los mulos las pesadas cargas, ni pensaban ya en el peligro que iban corriendo.

La muerte, en efecto, se cernía sobre nuestras cabezas. Las balas robotaban en el suelo, o agitaban el aire de continuo, diciendo en su mudo lenguaje ¡ps! ¡ps!—¡sí! ¡sí!—mientras una mano invisible se movía de derecha a izquierda, acompañada de una voz, que repetía con imperio: ¡Nó! ¡Nó!

¡Al fin llegamos! Allí estaba ya en posición la Batería del 1.º de Montaña de Barcelona. Pusímonos a su lado, nuestras piezas alineadas con las suyas. Rompimos el fuego.

Sostuvímonos en aquel sitio todo el día, aguantando un chaparrón de plomo, como nunca lo habíamos experimentado. ¡Qué manera de silbar las balas, y con qué frecuencia! ¡Cómo levantaban cascotes del suelo! ¡Cuántas veces sentíamos, ¡chas! ¡chas!, en los escudos, o en las ruedas de las piezas! Pero nosotros ¡siempre incólumes! ¿Crearás que uno de los proyectiles atravesó el vuelo del pantalón del artillero José Geix y en nada le tocó a la carne?

En cambio, la Batería de Barcelona, junto a nosotros mismos, tuvo varias bajas. ¿No es esto admirable? ¿No denuncia una providencia especial, que velaba por nuestra Batería?

En esta gloriosa jornada hicimos 845 disparos, y por parte del alto mando se realizó todo el plan que se había propuesto, a saber; dejar cuatro puntos sólidamente fortificados, que nos facilitarán el sucesivo avance hacia Tazarot.

Es hora de cerrar esta carta y de dormirme sobre la pequeña parte que me toque en los laureles ganados.

Muy tuyo siempre

Ricardo.

Tazarot, Mayo 12 de 1922.

Querido Alberto:

¡Vaya una jornadita! ¡35 kilómetros, sin parar, en lo que el sol alumbraba! Y mucho cuidado, ojo alerta, esperando y temiendo a cada paso vernos sorprendidos por el enemigo. Pero, quedó tan quebrantado el día 7, que no se atrevió a molestarnos.

Atravesamos en esta ocasión el gran macizo de Had-Dadin, descendimos al extenso valle que lo separa del majestuoso Yebel-Buhasen y divisamos, al fin, a Tazarot, residencia, guarida, o como quieras llamar, del célebre Xerif el Raisuni.

Al día siguiente, es decir, hoy mismo, cada Cuerpo ocupó su sitio y nos lanzamos al asalto, después de una cañonada, como no he oído otra.

¡Vencimos! Hemos roto el misterio en que se envolvía este poblado. Mis plantas se internan y recorren en todas direcciones las galerías y estancias del soberbio caserón, con honores de

palacio, en que distraía sus ocios el célebre cabe-
cilla, nuestro irreductible enemigo.

Me he detenido y deleitado en el gran patio de marmol y azulejos, he cogido flores de los bien cuidados jardines, me he introducido en las que presumo habitaciones de las 21 mujeres del Xerif, me he asomado a la reja de la cárcel en que gemirían, antes de nuestra llegada, los tristes prisioneros, sujetos a pesadas cadenas, cuyo brillo delataba su reciente empleo, y no he resistido a la tentación de llevarme como muchos un recuerdo de la histórica vivienda. Con ligero esfuerzo, arranqué de la gran puerta de entrada un artístico clavo, medio desprendido, y le he puesto en la mochila.

Tocan a llamada. Estas líneas las estoy poniendo a toda prisa, con el papel apoyado en en la pared, ¡en esta pared que tantas cosas habrá presenciado!

¡Adios, Tazarot! ¡Viva España!
Siempre contigo.

Ricardo.



Mexeráh, Junio 17 de 1922.

Querido Alberto:

Llegamos de la Sanía de Sidi-Issef. Hemos trabajado bien, y a satisfacción del alto mando.

Había en la cordillera un ancho boquete por donde el enemigo, ya irrumpía en el llano, ya amparado de los accidentes del terreno nos hacía mortífero fuego. Era preciso darle un severo castigo. La sección, a caballo, de los regulares de Larache recibió el encargo de despejar el campo. ¿Pero cómo? Aquello era ir a una muerte cierta.

La Batería intervino. Protegidos por los fuegos de nuestras piezas los regulares vadean el río, cruzan el bosque inmediato, y a todo galope se precipitan por el boquete, como una tromba. La metralla levantaba delante de ellos nubes de polvo, dispersando y haciendo alejar a las fuerzas enemigas, mientras nosotros, prolongando el tiro cada vez más, dejábamos siempre un espacio

intermedio, un espacio franco donde la caballería pudiese correr sin embarazo, libre de todo peligro.

¿No es esto admirable? ¿No te conmueven estas cosas? ¿No es curiosísimo contemplar como unos y otros, los que avanzaban y quienes les protegían, jugaban en cierto modo y se burlaban de la muerte?

¿No gozarías tú con el piafar de los caballos, con su enardecida carrera, con la airosa apostura de sus jinetes al servicio de España, con los blancos alquiceles flotando al viento, con el brillo de las armas, con el fulgor de los disparos? ¿No temblarías de emoción al ver como la avalancha de nuestra caballería se internaba en el boquete; como delante de ella reventaban sin cesar las granadas protectoras? ¿No llorarías de júbilo al oír los gritos de victoria, los alaridos del triunfo?...

¡Oh recuerdos! ¡Oh recuerdos! ¿Cuándo os olvidaré? Pegados a mi espíritu viviréis siempre conmigo, y en las horas tristes seréis como fresco oasis a cuya sombra restauraré las cansadas fuerzas.

Dispensa, amigo mío, esta digresión, que tan poco encaja en el tono sencillo con que vengo comunicándome contigo.

No te olvides de tu afectísimo.

Ricardo.

XII

Mexeráh, Junio 26 de 1922.

Querido Alberto:

Estamos de regreso, después de dar una severa lección a la kábila de Sumata. La operación fué dura y arriesgada; pero la Batería se portó, como viene portándose.

El nudo de la dificultad estaba en fortificar una loma en la cual llevaban horas los Ingenieros trabajando, sin lograr cerrarla con el parapeto de sacos terreros; pues tan pronto uno de aquéllos asomaba la cabeza caía herido, o muerto.

El fuego que sobre esa loma y colinas próximas hacían los moros era terrible.

Recibimos la orden de avanzar y tomar posiciones en el sitio que, como te he dicho, se hallaba comprometido.

Para llevarlo a efecto nos vimos precisados a emprender una marcha de dos kilómetros, siguiendo la cresta de cierta cordillera, cuya senda, o vereda, abierta en monte bajo, unas

veces tomaba la arista, dejándonos al descubierto, otras se deslizaba por un costado, proporcionándonos algún abrigo.

En todo el largo trayecto las balas no cesaron de silbar, amenazándonos de continuo; pero felizmente llegamos al fin sanos y salvos.

Lo difícil era colocar las piezas en posición. Avanzamos con dos de ellas hacia la loma en que estaban los Ingenieros y con mil precauciones logramos situarlas en la misma obilla, frente al enemigo.

El Capitán observó, y dijo: «a 650 metros». Los proyectiles describieron en el aire su trayectoria y vinieron a caer precisamente junto a una gran piedra, que ocultaba a los moros. El efecto fué inmediato: las columnitas de humo que antes se elevaban desaparecieron por completo.

Cambióse de objetivo y la misma voz gritó: «a 500 metros». Vióse con asombro ascender en el aire tierra y piedras, arrancadas de la misma trinchera enemiga, junto con las ramas del árbol corpulento que la servía de abrigo. El Coronel Saz y otros Jefes, que observaron la precisión del tiro y sus efectos, celebráronlo con entusiasmo.

El parapeto pudo entonces levantarse y la posición quedó en condiciones de defensa.

Estos dos afortunados disparos hicieron que regresásemos al campamento con orgullo. ¡Es esto tan humano; Mirémoslo como pequeña compen-

sación de los sinsabores, peligros y molestias de la jornada.

Otras nos esperan aun. ¿Serán más duras?...

¡Misterios del porvenir!

Te quiere.

Ricardo.

XIII

Mexeráh, Junio 29 de 1922.

Querido Alberto:

¡Gracias a Dios! parece que esto ha dado fin y que, por ahora, no habrá más operaciones.

Allá hemos dejado al Raisuní, como lobo hambriento, estrechado por todas partes, sin tener para sus correrías más que una estrecha zona en las cumbres del Buhasen.

Algo hemos trabajado para alcanzar ese objetivo. Días y días, operando por sitios inaccesibles donde, al menor descuido, habríamos caído en simas profundísimas, marchas inacabables por lomas y collados, ya hacia la Sania de Sidi-Yssef, ya hacia el macizo montañoso del Jomás hasta darnos la mano con las tropas que abanzaban desde Xauen, noches pasadas a la intemperie, con un frío que penetraba los huesos, aunque estábamos casi en el verano, ríos que atravesar, baños inesperados, una lata de conserva y un

pedazo de pan por alimento, y la ropa casi deshecha. No nos compadezcas, que esta es la guerra, y nadie de ella puede quejarse. Lo malo es, cuando sobre tales penalidades, regresa uno con la cabeza o la pierna vendadas, o yerto y sin vida en la lona de una camilla. Pero nosotros (favor especial del cielo) hemos vuelto definitivamente al punto de partida, sin lesión de clase alguna.

Y pues que a mi parecer, como te he dicho, ha terminado esta etapa de movilidad continua, será oportuno comunicarte, como resumen de ella, unas cifras, o datos, que por casualidad han llegado a mis manos. ¿Sabes cuántos kilómetros ha recorrido esta Batería, en plan de operaciones? Pues, ¡900 kilómetros!!... ¡Y qué marchas! Llegan a nueve las que excedieron de 30 de aquéllos en un sólo día. Y si al expresado total añadiésemos las efectuadas con el fin de entrenarnos, hacer instrucción, conducir convoyes o municiones resultaría la extraordinaria cifra de 1.500 kilómetros. ¡1.500 kilómetros!! ¿Te has fijado bien en ello? ¿Sabes lo que es dejar atrás terreno y más terreno, lo que es tener en tensión y movimiento los músculos durante varios meses, no avanzando por carreteras, sino escalando montañas, atravesando colinas, descendiendo a valles y barrancos, cruzando desfiladeros y aguantando sobre las espaldas todas las inclemencias del cielo?...

Con razón nuestros cuerpos exigen reposo

y nuestros corazones arden en deseos vivísimos de volver a Canarias.

¿Será pronto? Abandonaremos antes del año el suelo africano, o se nos dejará por término indefinido agregados a esta Comandancia?... ¡Quién lo sabe!

Confiamos, sin embargo, en salir pronto de aquí. La esperanza en el Cristo de la Laguna alienta siempre en nuestros pechos. ¡Nó! Él no nos dejará de la mano.

¡Con qué gusto, cuando llegue el ansiado día, les estrecharé a todos, todos, contra mi corazón!

Allá va, por anticipado, un abrazo de tu buen amigo.

Ricardo.





XIV

Mexeráh, Julio 26 de 1922.

Querido Alberto:

Esta carta, amigo mío, es un desahogo del corazón, un grito del alma, una manifestación de gratitud, que quiero haga pública.

Termináronse las operaciones, estamos de regreso en el campamento, y al echar una ojeada hacia el pasado, pienso, reflexiono y me hago esta pregunta. ¿Qué ángel tutelar ha tenido la Batería de Tenerife? ¿Qué explicación admite el hecho, claro, terminante, a la vista, de que después de haber actuado en 17 combates, muchas veces en primera línea, no haya tenido una sólo baja?

Quién conozca la guerra, quién la haya vivido tendrá el hecho por imaginario, resistiéndose a creer lo que, por otra parte, no necesita demostración, por que está patente, porque todo el mundo lo proclama, entre admirado y suspenso.

La Batería de Montaña de Tenerife, repito,

no ha tenido una sólo baja. ¿La causa? El motivo?...

La casualidad; dirá alguno.

Si se tratase de un individuo aislado pudiera, salvando ciertos respetos, aceptarse la explicación. No todos los que van a la guerra son heridos, o muertos, aunque tomen parte en varios combates: exacto. Pero, tratándose de dos centenares de hombres, siempre juntos, formando blanco definido y claro para la puntería enemiga, el hecho no tiene explicación con esa vulgar palabra: la casualidad.

Es que tampoco puede citarse un sólo caso en que tal haya sucedido, en que una agrupación militar numerosa, actuando con frecuencia, bajo una lluvia de balas, haya salido sin lesión alguna.

Fuerza es rendirse a la evidencia.

No hay más remedio que admitir la intervención directa de un poder superior, la providencia especial de Dios.

¿Tendré que traerte a la memoria lo que en muchas de mis cartas te he referido?... ¿La manera prodigiosa como el 22 de Diciembre se libró la Batería de caer en la emboscada que los moros tenían dispuesta? ¿Las veces que en los combates del 28 de Abril, 7 de Mayo y 26 de Junio tuvo que cruzar al descubierto sobre terreno completamente batido por el fuego de la jarka? ¿El hecho de caer el Teniente Coronel Lombarte al lado de

nuestra misma fuerza, tanto que por ella fué recogido y retirado? ¿La bala que privó de la vida al ingeniero que hablaba con el cabo Salazar? ¿El artillero que vió su pantalón agujereado, sin que el proyectil le hiciese daño alguno? ¿Las bajas que tuvo la Batería del primero de Montaña de Barcelona que disparaba pegada a la nuestra? ¿Los impactos que traen los escudos y las ruedas de nuestros cañones? ¿El mulo a nuestro servicio que se desplomó atravesado por un balazo?

Todo esto, y otros varios detalles que omito, prueban de modo contundente, incontrovertible, que una mano todopoderosa velaba por nuestra Batería. ¿Y qué mano era ésa sino la del Señor de los ejércitos, la del Santo Cristo de la Laguna, bajo cuya égida y protección salieron nuestros artilleros a campaña? Bien sabe Él que su nombre no se quitaba de los labios en medio de los peligros, que su Santa Imágen, en unión de la de su bendita Madre, se ostentaba con orgullo sobre el pecho al presentar éste a las balas enemigas, que aquellos corazones le confesaban en público y en secreto, y que en Él habían depositado toda su confianza.

No niegues tú, amigo mio, al Santo Cristo todo el honor que se le debe; publica esta carta, y sepa el mundo que hay aun corazones agradecidos.

Quizás la presente sea la última, que te escriba. De un día a otro, cuando menos se pien-

se, puede venir la orden de repatriación. La noticia de mi salida la sabrás por telégrafo.

¡Adios! Hasta luego!

Ricardo.

Cuartel de San Francisco (Laguna) Octubre
21 de 1922.

Querido Alberto:

Me instas una y otra vez para que no deje manca, o incompleta la colección de cartas que desde Marruecos te escribí, ya que nada se dice en ellas, ni podía decirse, del regreso de nuestra Batería.

Accedo gustoso a tus deseos, y tomando la pluma consignaré en breve nota lo que, si del arca de cada pecho hubiera de trasladarse fielmente al papel, llenaría un volumen entero.

Con el afecto de siempre te abraza.

Ricardo.

Llevamos ya cuatro días pisando tierra tinerfeña. La experiencia diaria me está dando fe de que esto no es una ilusión; que es verdad, que es

una realidad palpable. Una quincena atrás lo estimábamos quimera. ¿Qué pasó? ¿En qué forma se solucionaron todas las dificultades? No lo sé: el hecho es que el 12 del actual, todos contentos, marchábamos por las calles de Larache en dirección al muelle. Hubo un momento de indecisión, de zozobra. Decíase, que la orden de embarque no se había recibido. Si se prolongaba el retardo el barco se marcharía y ¡adiós ilusiones! Al fin llegó, y todos nos precipitamos hacia el puerto. No se perdió un minuto. El temor de quedarnos en tierra puso alas en nuestros pies, y en brevísimo tiempo nos hallábamos a bordo, con toda la impedimenta.

Ahora... a contar los días; a ver como se pasan las noches sin fin.

Amaneció el 17. Todos sobre cubierta mirábamos anhelantes la isla de Tenerife, que se iba perfilando en el horizonte. Ya se dibujan los roques de Anaga, ya se ven distintamente los valles y cacerios. Un nuevo avance, y estamos en la bahía... en el puerto... junto al muelle.

¡Oh! Allí están. ¡Son ellos: los míos! Aquel pañuelo de color, que se agita en el aire, lo conozco bien; se lo dejé a ¡élla! en recuerdo, el día de mi partida. ¡No me ha olvidado!... ¿Cuándo desembarcaremos?... ¡Qué gentío! El muelle alto y bajo está cubierto. Las músicas suenan, los niños de las escuelas agitan sus banderas, las autoridades se acercan y se hallan esperan-

donos. Todo está ya en tierra. Ahora nosotros. ¡Oh! ¡Cómo, si pudiese, a imitación del General romano, la abrazaría diciendo: «no te me escaparás»!

¡Pedazos queridos de mi corazón, aquí me tenéis; venid; abrazadme!...

¡Gran día aquél, cuyo recuerdo perdura en mi espíritu, como si lo estuviera viviendo de presente!

Cumplidos estos anhelos del alma, satisfechas las ansias que nos devoraban, nos pusimos en marcha.

Esta fué triunfal. Los aplausos y los vivas nos acompañaron durante todo el trayecto, hasta el cuartel.

Después, ya sobre la tarde, a la Laguna. ¡Arriba corazones! ¡Cuánto suspirábamos todos por ver, aunque de lejos, las torres de la Ciudad, el humilde campanario del templo del Santo Cristo, los pórticos de nuestra casa!

¡San Cristóbal!... ¡Ya hemos llegado! El pueblo entero ha salido a recibirnos. Aquí están las Autoridades, aquí las Comisiones de todos los Centros, aquí el Instituto y Sección Universitaria, los estudiantes, la Cruz Roja, los niños de las escuelas... ¿Que sé yo? Un mar de cabezas y de banderas que apenas nos dejan mover. Al fin, rompemos marcha. Los aplausos se suceden, los pañuelos se agitan, las calles del tránsito están engalanadas, de las ventanas nos arrojan flores.

Todo es hermoso, todo emocionante. Nuestro Capitán va en cabeza, contestando con la suya, complacido, a las vivas demostraciones de simpatía y afecto con que por todas partes es acogido nuestro paso.

Así hemos llegado a la plaza de San Francisco. El Santo Cristo está ya en ella, esperándonos. ¡Oh! momento en que nuestros ojos se fijan en los suyos moribundos! Nuestras rodillas se doblan... ¡y le adoramos!.. ¡Y le bendecimos!.. ¡Y desde lo íntimo del corazón le damos rendidas gracias!!

A. M. D. G.

BATERIA DE MONTAÑA DE TENERIFE,
EXPEDICIONARIA EN AFRICA

PERSONAL

Capitán:

D. Salvador Iglesias Domínguez.

Tenientes:

D. Sebastián Martín Díaz-Llanos.

D. Juan Coll Mas.

D. Alejandro Jaén López.

D. José Carbonell Marco. (E. R.)

Alférez:

D. José M. de Villena y Cabrinety. (E. E.)

Sub-Oficial:

D. Manuel Fernández Martínez.

Sargentos:

Jerónimo López Hernández.

Manuel Mojeda Sánchez.

Ignacio León Ledesma.

Manuel Olivera Gordo.



José Concepción Hernández.
 D. Ildefonso Castro Ascanio.
 Francisco Marrero Pérez.

Obreros:

D. Antonio Gordillo Reina.	(O. A.)
Modesto Rubio Ramírez.	(O. C.)
Flaviano Ruiz Ferrín.	(O. G.)
Angel Canedo Ramos.	(O. G.)
Antonio Aguilar Castells.	(O. H.)
Antonio Hernández Hernández.	(O. F.)

Cabos;

Francisco Rodríguez Afonso
 José Manuel Sicilia Pérez.
 Jose Navarro García.
 D. Manuel Martínez Cabrera.
 Vicente Duque Martín.
 Francisco Amador Betancor.
 D. Dionisio González Afonso.
 Francisco Cerrero Ruiz.
 Demetrio Gómez Romero.
 Cristóbal Salazar Suárez.

Artilleros primeros:

José Rosa Rosa.
 Vicente Santacreu Svars.
 Juan Román Cabello.

Artilleros segundos:

Antonio Hernández Ramos.
Alfredo Rodríguez Díaz.
Antonio Rodríguez Montesino.
Antonio Ramos Giménez.
Alfonso Gil González.
Alejandro Hernández Ramos.
Agustín Pens Vergés.
Antonio Ortega Martel.
Angel Cabeza Plasencia.
Andrés Velázquez Velázquez.
Agustín Ravelo Batista.
Alberto Alonso Lucas.
Augusto Reyes Rodríguez.
Antonio Valencia Rodríguez.
Antonio Quintana Fonts.
Antonio Hernández Rodríguez.
Alfredo Canino de la Cruz.
Antonio Francés García.
Abraham Díaz Marrero.
Benito Pérez Beltrán.
Bernardo Rodríguez Acevedo.
Baldomero Medina León.
Ceciliano Marante Lorenzo.
Cipriano Gómez Rodríguez.
Domingo Aguilar Vera.
Damián Pérez Quintana.
Domingo Ramírez Rodríguez.
Domingo González Delgado.

Daniel Echevarría Cid.
Domingo Medina Sánchez.
Domingo Rodríguez Arocha.
Dámaso Alamo del Pino.
Daniel Morales Linche.
Ezequiel Hernández Méndez.
Eugenio Gutiérrez Hernández.
Emerenciano Cruz Cruz.
Ernesto Darías Gutiérrez.
Eliseo Toste Polegre.
Francisco López Barrera.
Francisco Trujillo González.
Francisco Rodríguez Acosta.
Francisco Brito Espinosa.
Francisco Monroy Ruano.
Félix Ramos Rodríguez.
Francisco Torres García.
Fernando Grau Pujolá.
Francisco Díaz Martín.
Felipe Pérez Esteve.
Felipe Hernández Méndez.
Félix de Armas Dorta.
Félix Siverio Alonso.
Felipe Figueredo Guerra.
Fermín González Tejera.
Francisco Rodríguez Dorta.
Florencio Armas López.
Gregorio Muriel Martín.
Guillermo Bueno Rodríguez.
Germán Rodríguez Pérez.

Gregorio Barreto Hernández.
Isaac Suárez Falcón.
Isidro González del Rosario.
Isidro Hernández Hernández.
Ignacio Hernández Martín.
Isidro Cedó Fusté.
Ignacio Medina Martín.
Juan Gómez Hernández.
Juan García López.
Juan Román Cabello.
José Mendoza Mendoza.
José Hernández Rodríguez.
José Afonso González.
Juan Méndez Méndez.
José Sánchez Suárez.
José González Rodríguez.
José Acosta Martín.
Juan Suárez Fajardo.
José Rosa González.
Juan Donate Marrero.
Juan Mayor Gil.
Juan Vera Jorge.
José Medero Gil.
Juan Hernández Quevedo.
José Guerra Gil.
Jacobo Castro Durán.
José Matos Alonso.
José García Rodríguez.
Jaime Puig Casals.
Juan Hernández Rodríguez.

Juan González Hernández.
José Margalef Calduch.
Juan Díaz Suárez.
José López González.
Juan Cabrera Hernández.
José Cabello González.
José Santiberé Vilarrubé.
Juan Suárez Nuez.
Julio Rodríguez García.
José González Ramos.
José Hernández Abrante.
José de León Suárez.
Luis Batista Benítez.
Luis Fariña Rodríguez.
Lorenzo Rodríguez Reyes.
Lázaro Rodríguez Cairó.
Lázaro García Guzmán.
Manuel Díaz Esteve.
Miguel Medina Lloret.
Modesto Luis García.
Manuel Suárez Suárez.
Manuel Betanur Monsón.
Martín Estéu Viñes.
Marino Batista Rodríguez.
Manuel Medina Fajardo.
Miguel Castellano Marrero.
Miguel Hernández Hernández.
Marcelino Roca Javany.
Manuel López López.
Miguel Gómez Dévora.

Miguel Arbelo García.
Mariano Suárez Suárez.
Miguel Perdomo García.
Manuel Báez Marrero.
Manuel García Báez.
Nicolás Ramos Hernández.
Nicolás Hernández Toledo.
Aniceto López Paradela.
Pedro León Acosta.
Pedro Güell Espona.
Pedro Díaz Adán.
Pablo Díaz Alegría.
Pablo Martín Viera.
Pedro Hernández Díaz.
Pedro Rodríguez Casaña.
Pedro Teixiné Farré.
Pedro González Barbusano.
Ramón Ventura Armas.
Ramón Expósito Machín.
Rogelio Reyes Ventura.
Santiago Cruz Rodríguez.
Sebastián Rodríguez Bordón.
Santiago Marrero Sabina.
Simeón Alvarado González.
Sebastián Bofill Pujol.
Santiago Gutiérrez García.
Secundino Carnacho.
Toribio Palenzuela González.
Tomás Hernández Molina.
Tomás Pérez González

Nicolás González Acosta.
Cirilo Alonso Gómez.
Miguel Perdomo Sosa

Incorporados el día 7 de Febrero de 1922.

Joaquín Fariña Pérez.
José Delgado Guillermo.
Juan Rodríguez Hernández.
Miguel Gómez Rosa.
Pablo Rodríguez Torres.
Isidoro Martín Alonso.
Esteban Díaz Medina.
Gregorio Casanova Esteve
Félix González Hernández.
Francisco Suárez González.
Manuel Luis García.
Pedro Hernández Martín.
Marcelino Díaz Afonso.
Miguel Méndez Rodríguez.
Domingo Morales Rivero.
Francisco Rodríguez Medero
Eugenio Alberto Martín.
Gabriel Hernández Arbelo.
Domingo García Luis
Manuel García Hernández.
Antonio Hernández Carmona.
Manuel Rodríguez Arzola.
Gregorio Plasencia Montesino.
Juan Montedeoca Castellano.

Anacleto Domínguez Martín.
Francisco Alemán Artiles.
Salvador Gómez Socorro.
Eulogio Ramírez Dorta.
Francisco Perdomo Cabrera.
Pablo Colomer Bates.
Pedro Portes Bosch.
Juan Albertí Badía.
Juan Ferrer Planella.
Jaime Palou Pubill.
Enrique Gross Marey.
José Sanmiquel Rivera.
Fermín Homs Falcó.
Bernabé Martín Torrecilla.
Miguel Carcaser Orlandes.
Isidro Soler Orrit.
Buenaventura Bruguera Salomó.
José Auferel Costa.
Ramón Gorina Graells.
José Geix Turón.
Juan Padré González.
Juan Barlam Roca.
Valentín Solervicens Soler.
Jaime Riera Caellas.
Jaime Vidal Galobardes.
José Borrás Lozano.
José Parés Cortés.
José Saumell Figueras.
Miguel Lluxá Melero
Bautista Peitre Peitre.

José Cervera Arasa.
Jaime Tomás Queral.
José Esquirol Solé.
Juan Colell Traveset.
José Sabriá Iglesias.
José de Vera Sarabía.
Cecilio Morales Carrión.
Luis Lacosta Gascón.
Jesús Ramos Falcón
Leonardo Pérez Morales.
Rafael García García.
Nicolás Morín López.



BIBLIOTECA PARTICULAR DE
PABLO PEREZ Y
C. A.